

IX Domingo Tiempo Ordinario

Deuteronomio 11, 18. 26-28. 32; Romanos 3, 21-25a. 28; Mateo 7, 21-27

«El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca»

6 Marzo 2011 P. Carlos Padilla Esteban

**“Meteos estas palabras mías en el corazón y en el alma,
atadlas a la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente.”**

Palabras y obras, promesas y fidelidades. Todo se juega en decisiones que tomamos o dejamos de tomar. Una frase refleja una verdad muy clara: “*No prometáis lo que no pensáis cumplir, porque no tenemos obligación de regalar, pero sí de responder de nuestras palabras*”. Nuestras palabras se escriben en lo más profundo del alma. Se escriben con sangre y fuego. Es tal vez por eso que nos cuesta dar nuestra palabra. Nos cuesta comprometernos, porque no sabemos si seremos siempre fieles a la palabra dada. No conocemos el futuro, sólo somos conscientes de nuestras pocas fuerzas. Nos falta confianza en nosotros mismos, la vida es muy larga, nunca acabamos de conocernos. Por eso es mejor no prometer nada antes que hablar y hablar sin resultados visibles. Cuando decimos que sí debería ser que sí y cuando el no sale del corazón, estaremos haciendo lo que pensamos correcto. Pero si no pensamos cumplir lo que prometemos, entonces mejor no decir que vamos a hacerlo. ¡Nos cuesta tanto defraudar a los que nos rodean! Nos cuesta decir que no con vergüenza, porque pensamos que valemos menos a los ojos de aquel que tenía expectativas sobre nosotros. Porque nos gustaría que todos estuvieran felices y orgullosos con nuestro comportamiento. Nos importa mucho lo que piensen. Deberíamos ser más capaces de prometer y ser fieles. Pero eso es un don que tenemos que pedir cada mañana. Lo mismo que la capacidad de regalar, de darnos, de entregar, sin esperar nada a cambio. ¡Perdemos tanto tiempo guardando para luego perder!

Nos resulta difícil aceptar que la vida pueda ser plana y rutinaria, sin el ciento por uno esperado aquí en la tierra. “*Pero si me lo han prometido*”, pensamos. Jesús nos dijo que aquí recibiríamos mucho más de lo que damos. Muchas veces sentimos que no es así, nos aturde la rutina y la vida sin cambios. ¿Y si lo hemos dado todo y recibimos silencios por respuestas? ¿Y si hemos dado la vida y seguimos estando insatisfechos? ¿Y si hemos amado y no hemos sido correspondidos con la misma moneda? El corazón anda inquieto cada mañana, nervioso. Cumplimos, vivimos, rellenamos la agenda buscando nuevas citas, encuentros, compromisos. Pero nosotros seguimos insatisfechos. Corremos y paramos, escuchamos y hablamos. Parece que los días y las semanas se escapan entre los dedos. Hechos y palabras, omisiones que nos duelen, amor y entrega, todo pasa, la vida pasa. Soñamos más fuerte y con más intensidad, como queriendo que se haga realidad lo que el corazón desea. El tiempo corre. Y nosotros seguimos buscando. Sí, no nos cansamos de soñar con que las promesas se hagan realidad. Queremos más. El corazón siempre quiere más porque está insatisfecho, vive insatisfecho. Aunque, en realidad, sabemos el camino, porque lo hemos vivido: “*Nunca hago mejores inversiones que cuando doy. Pues me dirás, ¿das para recibir? No, para no perder*”¹. Porque si no damos lo que tenemos, lo acabamos perdiendo. Perdemos la posibilidad de invertir, la posibilidad de

¹ Séneca, “Sobre la felicidad”, capítulo “El arte de dar”

amar y de sembrar. Y la semilla se acaba pudriendo. El amor guardado se agria. El tiempo no entregado se escapa. Y con el paso de los años, el alma se va llenando de resentimiento. La vida guardada de envenena y entra en un estado de descomposición. Deja de ser vida y pasa a ser muerte. Pero no la muerte que nos da la vida. Simplemente se trata de una muerte sin aparente sentido. No, no queremos vivir así. **Queremos vivir dando sentido a todo lo que hacemos. Vivir y morir sin sentido es un absurdo.**

Esto es lo que deseamos: ENCONTRAR UN SENTIDO A NUESTRA VIDA. Muchas veces nos hemos preguntado: ¿Cuál es el sentido de nuestra vida? ¿Para qué vivimos? Siempre vuelve de nuevo la pregunta. Hoy Dios nos muestra dos caminos: *"Moisés habló al pueblo, diciendo: «Meteos estas palabras mías en el corazón y en el alma, atadlas a la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente. Mirad: Hoy os pongo delante bendición y maldición; la bendición, si escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, y os desviáis del camino que hoy os marco, yendo detrás de dioses extranjeros, que no habíais conocido. Pondréis por obra todos los mandatos y decretos que yo os promulgo hoy. » Deuteronomio 11, 18. 26-28. 32.* Las palabras son fuertes. Nosotros tenemos claro lo que deseamos; queremos la bendición, la multiplicación de los panes y los peces, recobrar la vista perdida, volver a correr por los campos. Queremos los milagros que vencen los escollos, la vida que renace al tocar el manto del profeta. Queremos ser recreados por el perdón para volver a existir, para empezar a vivir, como los niños que nacen con un llanto al abrirse la vida. Queremos las palabras que enaltecen, los silencios que construyen, las manos que acarician y levantan, las oraciones que salvan. Queremos al Jesús que sale a nuestro encuentro y nos ayuda a construir sobre cimientos sólidos: *"Sé la roca de mi refugio, Señor. A ti, Señor, me acojo; no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo, inclina tu oído hacia mí; ven aprisa a librarme. Sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor". Sal 30, 2-3a. 3bc-4. 17 y 25.* Queremos **levantarnos sobre nuestras cenizas y construir sobre la tierra que Dios nos ha dado.**

EL VERDADERO SENTIDO DE LA VIDA SURGE DEL ENCUENTRO CON CRISTO EN NUESTRO CORAZÓN. La verdad se hace carne y sale al encuentro del hombre. Luigi Giussani, fundador del Movimiento Comunión y Liberación, al hablar del sentido religioso del hombre y de la importancia del encuentro verdadero con Cristo, decía: *"El resultado de un encuentro es que se suscita el sentido de la persona. Es como si naciese la persona: no nace ahí, pero en el encuentro toma conciencia de sí misma, y por tanto, nace como personalidad"*². Nacemos en ese encuentro que le da sentido a todo lo que hacemos. Nacemos para la vida y para la bendición. Nuestra vida es un misterio y nosotros nos empeñamos en descifrarlo con nuestras torpes manos. Amamos, vivimos, buscamos y la vida va dejando una huella invisible que desconocemos y a veces despreciamos. Mientras tanto, sólo el encuentro verdadero y profundo con Cristo nos vuelve a colocar con la mirada puesta en lo verdaderamente importante. En Cristo las cosas cobran su verdadero valor, adquieren un nuevo sentido. A nosotros nos obsesiona el sentido y el significado de nuestros actos y pensamientos, aunque el misterio siga siendo la clave para no comprender casi nada. Nos rebelamos contra esta oscuridad que nos aturde, porque nos gustaría más vivir en la luz que todo lo ilumina y aclara. Caminar en penumbra, sin embargo, es parte del sentido de nuestra vida. Pretender que no sea así es sólo una vana pretensión humana, demasiado humana. Si todo lo tuviéramos claro sería necesario empezar a preocuparnos; si nos creyéramos en posesión de la verdad absoluta, si viviéramos sin dudas y sólo con certezas, habría llegado el momento de pedir la conversión del alma. Aunque nos gustaría ser dioses para saberlo todo, para que nada se escapara de nuestro control,

² L. Giussani, "L'io rinascere in un incontro", 206-207

asumimos, en el encuentro con Cristo vivo y presente, que nuestras penumbras le dan sentido a la vida. En ese caminar torpe y antojadizo se decide el valor de la existencia.

NOS GUSTA HABLAR MUCHO DE LAS ROCAS, porque nos dan seguridad; nos encanta pensar en casas bien construidas, sobre cimientos firmes, casas que nunca puedan ser destruidas. Nos gusta la fortaleza del terreno rocoso, en el que no hay fisuras ni peligro de derrumbes. Así quisiéramos construir nuestra vida. Es lo que hoy nos pide Cristo: *“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.”* Mateo 7, 21-27. La arena y la piedra. La arena evoca lo que es fácil de trabajar. La piedra, por el contrario, nos resulta más dura e incomprensible. Escuchar las palabras de Dios no es tan difícil, cumplirlas todas, hacerlas vida, nos parece algo lejano e inalcanzable. Obedecer, siempre obedecer parece algo imposible. Nos resulta más fácil la arena de nuestra propia voluntad. A veces pensamos que si logramos dejar de lado las obligaciones, podremos vivir más tranquilos, guiados sólo por nuestros deseos. Parece más atractivo. Nos resulta complicado tanto precepto, tanta palabra de Dios que busca respuesta. No queremos dar respuestas. Queremos vivir. Y obedecer parece quitarnos la vida y la libertad. Vemos la Palabra de Dios como una losa que nos opprime, como la cárcel en la que no podemos ser nosotros mismos. Nos equivocamos. Sus palabras son palabras de vida que nos dan la vida más profunda y sacan la verdad escondida en el alma. Los cimientos tienen que adentrarse en nuestra carne, excavar la tierra más verdadera. Si la Palabra de Dios no traspasa nuestro ser, bastará una leve brisa para quitarnos la vida. Si el encuentro con Cristo no cala hasta lo más profundo, **tendremos una idea bonita de Dios, pero no nos habremos enamorado de un Dios hecho carne.**

HOY JESÚS VUELVE A PONER EL ACENTO EN ALGO QUE TANTAS VECES HEMOS ESCUCHADO: ES NECESARIO QUE HAGAMOS SIEMPRE LA VOLUNTAD DE DIOS. Hoy nos dice: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquel día, muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?” “Yo entonces les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados”.* Y no deja de sorprendernos que los que pronuncian su nombre, aquellos que profetizan en el nombre de Jesús y echan demonios con el poder de Dios, no sean conocidos por el Señor. ¿Acaso no tuvo lugar ese encuentro con Cristo que cambió la vida de éhos que eran capaces de profetizar? Hilamos más fino: ¿Cómo era posible que profetizaran si no se habían encontrado con Cristo? ¿Dónde habían aprendido esa sabiduría para la vida si no era en Dios? Nos sorprendemos al escuchar estas palabras. Jesús no los conoce y hablan en su nombre. Nosotros muchas veces pronunciamos su nombre, hablamos de Él. ¿Dirá que nos conoce? Si a éhos no los reconoce Dios, **¿qué queda para nosotros que ni siquiera logramos profetizar y menos aún echar demonios?**

EL SEÑOR HABLA CON FRECUENCIA DE LOS FALSOS PROFETAS. Dice S. Hilario: *“Presumen para sí la gloria por la virtud de su palabra, la profecía de la doctrina, la expulsión de los demonios y otras por el estilo y por ello se prometen el Reino de los cielos”*. Aquellos de los que habla Jesús no han construido sobre roca, ni son fieles; no viven la coherencia de obra y de palabra. Se trata de aquellos que tienen puesta la esperanza en sus propias fuerzas, que se fían de sus propias obras y no necesitan a Dios para la vida, porque creen que son autosuficientes. Han puesto límites a Dios y creen que todo depende de ellos; edificaron sobre arena y en ellos Dios no logró penetrar su vida más íntima. Hoy nos sentimos muy identificados con esos hombres que parecen no estar salvados, con esos falsos profetas.

Nos sentimos llenos de nosotros mismos con frecuencia y vivimos orgullosos de nuestra fe. Caminamos seguros de lo que creemos y damos lecciones de moralidad. Nos elevamos sobre la torre de nuestra propia justificación, minimizando nuestro pecado y condenando las faltas de los que nos rodean. Criticamos y juzgamos, rechazamos y nos fiamos de las apariencias. Para nosotros siempre tenemos excusas, para los demás no existe nunca el perdón. Sentamos cátedra con nuestras verdades aprendidas y proclamamos que poseemos siempre la razón. Negamos la verdad de los que nos rodean y en ellos sólo vemos la imperfección. Nos elevamos sintiéndonos ya salvados y esperamos que los demás nos canonicen aquí en la tierra, porque nos lo merecemos.

¡Qué vanos son los deseos del corazón! ¡Qué poco valen nuestros golpes de pecho!

La misión que hoy se nos presenta es muy diferente: QUEREMOS SER PROFETAS QUE EDIFICAN SU VIDA SOBRE CIMENTOS FIRMES. Las palabras de Jesús permanecen, no pasan de moda, no se olvidan. Al recordarlas cada día vuelven a hacerse vida y nos tocan el corazón. Las palabras se hacen vida cuando nos dejamos trasformar por su fuerza. La Palabra de Dios vive en nosotros cuando dejamos que entre en nuestro corazón. Decía **S. Bernardo**: “*¿Quieres saber cuán cerca está? La palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón; sólo a condición de que la busques con un corazón sincero. Así es como encontrarás la sabiduría en tu corazón, y tu boca estará llena de inteligencia*”. Las palabras de Jesús se hacen vida en la medida en que dejemos que formen nuestra alma. Son las palabras que nos interpelan y nos tocan en lo más profundo. Son las palabras que sacan lo más verdadero que hay en nosotros y nos enseñan la verdadera sabiduría. Decía **S. Gregorio Magno**: “*Lo propio de la sabiduría de este mundo es ocultar con artificios lo que siente el corazón, velar con las palabras lo que uno piensa, presentar lo falso como verdadero, y lo verdadero como falso. La sabiduría de los hombres honrados, por el contrario, consiste en evitar la ostentación y el fingimiento, en manifestar con las palabras su interior, en amar lo verdadero tal cual es, en evitar lo falso, en hacer el bien gratuitamente, en tolerar el mal de buena gana, antes que hacerlo*”. Es la sabiduría que nos dan las Palabras de Cristo. Jesús nos ha enseñado en el Sermón de la montaña una nueva sabiduría de vida, la sabiduría de las bienaventuranzas, la sabiduría del padrenuestro y de la justicia mayor, la sabiduría que viven los que siguen a Cristo. Es la sabiduría que vive en la verdad y se alimenta en el amor. **Es la Palabra que nos enseña a construir sobre roca y no sobre arena nuestra vida.**

Cristo nos presenta EL CAMINO QUE VA MÁS ALLÁ DE MUCHAS NORMAS Y PRECEPTOS. Queremos buscar siempre la voluntad de Dios, porque lo demás vendrá por añadidura. S. Pablo nos recuerda lo esencial: “*Ahora, la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los profetas, se ha manifestado independientemente de la Ley. Por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre. Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley*”. Romanos 3, 21-25a. 28. Nuestra fe es lo importante; sí, la fe que nos levanta y nos hace caminar más allá de nuestras fuerzas. La fe que no se derrumba, que nos sostiene siempre, que ha interiorizado el camino que Dios nos marca. Esa fe que se fortalece en la lucha y en las batallas diarias. Hace poco decía **Rafa Nadal**: “*Amo, en general, los momentos difíciles, porque trabajando duro, puedes darle la vuelta a la situación; trabajando todos los días con una meta y con ilusión*”. Buscamos sólo el éxito y dejamos de disfrutar la vida cuando saboreamos los fracasos. Decía el P. Kentenich: “*¡Y qué desdichado soy cuando no tengo éxito! ¿Qué es, pues, lo que busco? En última instancia me busco a mí mismo. El yo está en primer plano, no el tú; no sirvo desinteresadamente al otro*”³. Nuestra fe nos ha de llevar a poner a Cristo en el centro. **Cuando estamos nosotros en el centro la vida se convierte en un drama.**

³ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 222

Queremos hacer la voluntad de Dios, por eso la pregunta sigue viva ante nuestros ojos:

¿CÓMO DESCUBRIMOS LA VOLUNTAD DE DIOS? Decía el P. Kentenich, cuando se encontraba preso antes de ir al campo de concentración de Dachau: “*Nadie me quita la libertad, yo la doy libremente, esto es, porque yo lo quiero así, más exactamente, porque así lo desea Dios. Y mi alimento y mi tarea predilecta es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado*”⁴. El alimento de Cristo fue hacer la voluntad de su Padre. Nuestro alimento debería ser hacer la voluntad de Cristo. No es tan fácil. La roca sigue siendo más complicada que la arena de la playa. Construir sobre roca es construir sobre los deseos de Dios, no sobre los propios. Los cimientos quieren ser firmes y tienen que ser aislados en la entrega llena de amor. ¿Cómo buscar cada día la voluntad de Dios? El corazón se engaña. Fácilmente cree que es de Dios lo que procede de su debilidad y de su pecado. El poder, el dinero, los placeres son la arena que nos tienta. Allí es más fácil profundizar en nuestros cimientos. Allí se debilita el alma y el deseo de llegar más lejos. Pero siempre deberíamos preguntarnos: ¿Qué haría Cristo aquí, en mi lugar? ¿Qué haría María en una situación como ésta? Nos turba pensar que nuestros caminos no son sus caminos. Construimos muchas veces sobre nuestras frágiles verdades, sobre proyecciones y sueños que no son realidad. Podemos ser buenos, pero, como me decía hace poco una persona: “*No tengo mérito, es un don que Dios me ha dado, lo único que puedo hacer es malograrlo, pero ser bueno me sale de forma natural*”. Sí, podemos ser muy buenos, podremos profetizar e incluso echar demonios con nuestra vida. Todo muy digno de alabanza y muy admirable. Sin embargo, no es lo mismo que hacer siempre la voluntad de Dios, ésa es la verdadera santidad de la que Dios nos habla. Decía S. Gregorio: “*La prueba de la verdadera santidad no consiste en hacer cosas aparatosas, sino en amar al prójimo como a uno mismo*”. El amor es la verdadera prueba de nuestra fidelidad a Dios en todo lo que nos pide. **Ese amor misericordioso, ese amor sin medida que permanece fiel en la entrega.**

NUESTROS CIMENTOS TIENEN QUE LEVANTARSE SOBRE LA VERDAD EN NUESTRA VIDA. Por un lado sobre la verdad sobre la que el hombre ha de construir su vida. Dice Benedicto XVI: “*Sí, el hombre debe buscar la verdad, es capaz de la verdad. Ha de ir acompañada de tolerancia. Pero la verdad nos muestra entonces aquellos valores constantes que han hecho grande a la humanidad*”⁵. Es la verdad que hoy nos intentan quitar. La verdad que sobre la que se construye la vida de aquel que quiere ser fiel a lo que Dios desea. Es la verdad que hoy se relativiza y se desprestigia. La verdad que Cristo hizo carne con su entrega en la cruz. La verdad que ha sido la causa del martirio de tantos santos fieles. La verdad que incomoda con frecuencia, la verdad que duele y exige. Por otro lado, al hablar de verdad, hacemos referencia a **la verdad de nuestro ser, a aquello que somos de verdad**. No construimos sobre la verdad que nos gustaría encarnar o tener. Decía Miriam Subirana: “*Para cumplir nuestras metas nos ayudarán las afirmaciones. Creamos nuestra realidad a base de lo que creemos y afirmamos*”. Los cimientos se levantan sobre la roca de nuestro tesoro, de lo que Dios ha puesto en nuestro interior. Decía Paulo Coelho: “*Cada ser humano tiene dentro de sí, algo mucho más importante que él mismo: su Don, el instrumento que él usaba para manifestarse al mundo y ayudar a la humanidad*”. Llevamos un tesoro en vasijas de barro, pero muchas veces ignoramos su contenido. No tenemos tiempo para buscar en nuestro interior, porque no hacemos silencio en la peregrinación de la vida. Desconfiamos de nuestro auténtico valor y despreciamos la verdad que Dios quiere que hagamos vida con nuestros actos. María nos enseña a descubrir esa verdad más profunda. La que disimulamos y tapamos tantas veces. Esa verdad que nos incomoda porque nos cuesta aceptarnos tal y como somos. Esa verdad es la fuerza de Dios, porque nos quiere como somos. Venimos a María para entregarle, sin tapujos, la debilidad de nuestra roca. **En Ella se levantan los cimientos firmes. En nuestra debilidad está la fortaleza de Dios.**

⁴ J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”, Navidad 1941

⁵ Benedicto XVI, “Luz del mundo”, 65-66